

siglo nos quedan aún por recorrer; pero basta ya lo dicho para que el lector se forme alguna idea de la elevada misión que confió al P. Claret la divina Providencia, y de los felices resultados que podían esperarse si su benéfica obra se perpetuaba con la fundación de alguna Orden religiosa.



CAPÍTULO XI

DE LAS OBRAS QUE PUBLICÓ Y DE LAS INSTITUCIONES QUE FUNDÓ Y AFIANZÓ EN ESTE TIEMPO

1. Escritos del P. Claret. — Advertencia general á todos ellos. — Opúsculos y hojas volantes. — *Camino recto*: extraordinaria aceptación que tuvo y fruto que ha hecho. — *Catecismo explicado con láminas*: su excelencia y ediciones que de él se han hecho. — Actividad asombrosa que prueban sus escritos. — 2. Fundación de la Librería Religiosa. — Cómo nació en el Siervo de Dios semejante proyecto. — Sus orígenes. — Cómo quedó organizada. — El Dr. Caixal y el P. Claret. — Importancia que tuvo en su tiempo la Librería Religiosa, y bienes que por su medio se consiguieron. — Defensa de sus colaboradores contra los que los acusaron de corruptores del lenguaje. — Ingratitud de los impresores con el Siervo de Dios. — Pío IX le felicita por la fundación de la Librería Religiosa. — 3. Fundación de la Sociedad contra la blasfemia. — Las Hijas del Corazón de María ó las *Religiosas en sus casas*. — Fin de esta institución. — Organización de la misma. — Correspondencia interesante sobre ella con el Dr. Caixal. — Origen del regalado título de Hijos ó Hijas del Corazón de María. — Cómo el Señor lo inspiró primeramente al P. Claret. — Influencia que ejerció el P. Claret en la fundación de las *Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María*, del Sr. Masmitja. — Noticias importantes sobre esta fundación. — 4. Cómo cooperó al incremento de otras Sociedades. — La Virgen le escoge por apóstol del santo Rosario. — Cómo propagó con todas sus fuerzas la Archicofradía del Corazón de María, y de la obrita que sobre ella escribió.

1. Difícilmente se hallará en la historia eclesiástica, aunque hagamos entrar en ella á los santos, quien en medio de los continuos trabajos del ministerio apostólico haya publicado tantas obras de propaganda católica y recogido con ella tan abundantes frutos como nuestro amado Fundador. No diré que el P. Claret sea modelo de escritores por lo que atañe al lenguaje y por algunas pequeñas imperfecciones de estilo; mas aun así, es tal la riqueza de su doctrina, resplandece tal prudencia y discreción en la elección de los asuntos y de las razones en que los apoya, tuvo tal acierto en basarse en los autores más sólidos en todos los ramos del humano saber, y supo amenizar y dar originalidad á sus obras con tal copia de compa-

raciones sencillas, sí, pero aplicadas con sumo tino y delicadeza, que bien merece digamos algo de los principales escritos que durante su vida de Misionero publicó, pues sería enojoso enumerarlos todos siendo tantos y andando en manos de innumerables fieles.

Antes de darlos á conocer, bueno será pararnos un instante á referir la ocasión que le obligó á tomar la pluma para no soltarla ya más en la larga carrera de su vida.

Acababa un día de dar ejercicios espirituales á las monjas de un convento de Vich, en los cuales, como de costumbre, la unción de su palabra había reanimado el fervor de las religiosas. Deseosas éstas de conservar de un modo fijo y permanente las palabras de vida que de los labios del Siervo de Dios habían oído y que tan provechosas habían sido para sus almas, le pidieron con mucho encarecimiento que les dejara por escrito las principales reglas de perfección que tan divinamente les había explicado. Atendiendo nuestro Padre al piadoso deseo de aquellas monjas, tomó la pluma y anotó brevemente los consejos más importantes que deben tenerse á la vista para adelantar y conseguir en poco tiempo la perfección. No juzgó el Siervo de Dios en su humildad haber escrito una verdadera obrita que podía ser de utilidad á muchas personas, y así su intento era dejar aquellos apuntes á las religiosas para que una tras otra se los fueran copiando. Mas antes de realizar su intento enseñó lo que había escrito al Dr. D. Jaime Passarell, íntimo amigo suyo, secretario del muy ilustre señor Vicario capitular y sacerdote de virtud y ciencia no comunes, el cual, en su mucha discreción, aconsejó á nuestro Padre que hiciera imprimir aquellos apuntes, con lo cual, á más de evitar no pequeña molestia á las religiosas por el trabajo de copiarlos, conseguiría hacerlos extensivos á otros conventos. Repugnó al principio el Siervo de Dios por no creerlos dignos de imprimirse; mas al fin, convencido de que en ello haría servicio á nuestro Señor, diólos á luz con el título de *Reglas de espíritu para las religiosas*.

Deseoso de contrarrestar la propaganda impía de las sectas y de los enemigos de toda moral y religión, comenzó después á publicar una serie de opúsculos, en los que, con admirable concisión, claridad y solidez, daba avisos utilísimos á toda clase de personas de cualquier condición social para vi-

vir cristianamente y con perfección en su respectivo estado. De aquí nacieron sus opúsculos *Avisos á los jóvenes, á las doncellas, á los padres de familia, á los casados, á las viudas, á los niños, á los militares*, etc. Como el único fin que en sus obras se proponía era la gloria de Dios y la salvación de las almas, y no el vano contentamiento de los hombres, no pasaba mucho tiempo en limar sus escritos y en hacer resaltar en ellos primores literarios, sino que escribía con llaneza y verdad, aunque envuelta siempre en la llama de su abrasado celo, que tan bien se trasluce en todas sus frases. Si hubiera atendido al gusto de los que se precian de literatos y cultiparlistas, no hubiera acaso publicado ni la tercera parte de las obras que dió á luz, y por contentar á unos pocos hubiera perdido innumerables almas que por medio de ellas se han convertido.

No es de reprobar la literatura, ni mucho menos; pero hay vocaciones para todo, y de ordinario la vocación de los santos, cuando no les favorece la época clásica en que nacieron, no les deja tiempo para emplearlo en esas menudencias de lenguaje y estilo que, si son de alguna importancia para el arte, sonlo muy poco para la salvación de las almas cuando no son obstáculo para ella, ora por la vanidad que fácilmente se engendra en los escritores, ora por la hinchazón de estilo en que caen con frecuencia, ora por la frialdad con que suelen redactarse semejantes trabajos.

Entiéndase bien que no reza lo que digo con los defectos substanciales del estilo, como son la naturalidad, la claridad, el orden y ese calor del alma que suele dar vida á las palabras y á las frases, y penetra suavemente en el corazón de los lectores, no sólo ilustrando la inteligencia, mas principalmente moviendo y encendiendo la voluntad; que estas cualidades antes resplandecen mucho más en los escritos de los santos que en los de cualquier otro autor que no lo sea, porque aquéllos sienten verdaderamente lo que dicen, hablan con naturalidad y sencillez, pues no cabe en ellos fingimiento de ninguna especie; proceden siempre con orden porque, iluminados de Dios, suelen ver las cosas tal cual son ellas, y saben dar á cada una su verdadero valor, y más tratándose de cosas de espíritu, y lo que mayormente atrae en sus obras, escriben con tan divina unción, con tal fuego de caridad, que sus palabras y sus frases verdaderamente llegan al alma y no paran tan sólo en regalar

los sentidos. Esto se echa de ver con toda claridad en los escritos de los Santos Padres, así griegos como latinos; pues si se exceptúan algunos pocos que florecieron en épocas más cercanas á la edad de oro de sus respectivas literaturas, todos los demás no son modelos en el decir, y, sin embargo, son lumbreras de la Iglesia por sus obras, que tienen á gala comentar ó ilustrar los varones más esclarecidos; porque si bien es cierto que no se halla en ellos aquella pureza de lenguaje que sólo los muy estudiosos saben apreciar, ni aquel rigor con frecuencia exagerado de los que de retóricos se precian, resalta en ellos la encantadora sencillez, madre del buen gusto; la solidez y riqueza de la doctrina, origen de la sabiduría, y el divino fuego del amor, alma de la verdadera elocuencia. Por esto entre las personas del pueblo y entre los que saben apreciar las verdaderas dotes literarias serán siempre leídas con gusto y aprovechamiento sus numerosas obras, y aun preferidas á las que intentan figurar con pretensiones literarias.

Así, efectivamente, ha sucedido con los numerosos opúsculos y obras del P. Claret, que han sido y son aún leídos entre el pueblo y entre las personas de ciencia y de buen gusto con interés y aprovechamiento, á pesar de los pequeños defectos literarios de que adolecen. El mismo Siervo de Dios, en sus *Apuntes biográficos*, nos descubrió el modelo que se propuso imitar en su estilo con estas palabras: "Desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación; ¡qué semejanzas!, ¡qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo." Y si se empapó bien en él ó no, dícenlo claramente todos sus sermones y sus obras, y el inmenso fruto que de este modo hizo en las almas.

Hecha esta advertencia general á los escritos del Siervo de Dios, no puede menos de causar maravilla la rapidez con que en medio de sus tareas apostólicas iba publicando uno tras otro opúsculos y obritas adaptadas á las necesidades de los tiempos y de los países en donde ejercía su divino ministerio. Era entonces muy frecuente en Cataluña el abominable vicio de la blasfemia, de modo que no parecía sino que los espíritus infernales se habían aposentado en las lenguas de los maldicientes; para cortar de raíz costumbre tan execranda escribió una hoja volante con remedios eficacísimos contra ella, y la distribuyó con profusión por todas partes.

Lo mismo hizo para coartar el vicio de la impureza, triste herencia de todas las edades, pero señaladamente de la nuestra, tan corrompida y afeminada por el execrable género de literatura hoy tan en boga. Para combatir los escándalos que de los cantares obscenos resultaban imprimió y distribuyó muchas hojas sueltas con cánticos espirituales, que los muchachos con facilidad y gusto aprendían y en señaban luego á los demás.

En todas las hojas y opúsculos solía poner una imagen de la Virgen con una oracioncilla, que empezaba siempre por estas palabras: "¡Oh Virgen y Madre de Dios!"; á lo cual le movían dos razones principalísimas: la primera, porque la devoción á la santísima Virgen es remedio universal y eficazísimo para todas las necesidades del alma; y la segunda, porque en las palabras Virgen y Madre de Dios se encierra un maravilloso compendio de las grandezas de María, y así agradan sobremanera á esta celestial Señora.

Tenía nuestro Padre singular ingenio para dar títulos curiosos y llamativos, al par que adecuados, á sus obritas y opúsculos, como lo prueban los llamados *Galería del desengaño*, *El rico epulón*, *La verdadera sabiduría*, *La cesta de Moisés entre las siete bocas del Nilo*, *Talentos de la oración*, *La escalera de Jacob y la puerta del cielo*, *Maná del cristiano*, y otros muchos que sería largo enumerar.

Como en uno de los apéndices á la Vida pondremos, Dios mediante, el catálogo de sus obras, sólo haré aquí mención de las dos que por este tiempo más llamaron la atención de los inteligentes. Una de ellas, y la principal, es el *Camino recto y seguro para llegar al cielo*. Es un librito en 16.º, de 500 á 700 páginas, según las ediciones, devocionario completísimo escrito con divina unción, y que comprende un calendario perpetuo, los ejercicios cotidianos del cristiano, el modo de recibir con fruto los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, las promesas hechas en el Bautismo, el método para oír devotamente la santa Misa, varias devociones á la santísima Trinidad, al santísimo Sacramento y á María santísima, el ejercicio del *Via Crucis*, el modo de imitar á Jesucristo llevando la cruz por medio de la mortificación y de la paciencia, varias devociones, avisos, máximas y ejemplos, remedios espirituales para curar de varios vicios, indulgencias,

reflexiones para los enfermos, y otras prácticas de muchísima importancia.

Fué primeramente publicado en catalán, y luego en castellano por el mismo autor, y ahora está traducido también al vascuence para que se aprovechen de él todos los individuos de raza española. El éxito alcanzado por este devocionario, aunque inferior á otros en méritos literarios, parece fabuloso. En 1883 aseguró el impresor de la Librería Religiosa que estaban para hacer de él una tirada de 10.000 ejemplares, y que todos los años debían hacer lo mismo. Más de cincuenta ediciones se han hecho en sola esta imprenta, y cada año salen nuevas en Barcelona, Madrid y otros puntos; de manera que apenas se hallará fiel ó devoto en toda España, y aun en las Repúblicas americanas que fueron antes nuestras colonias, que no conozca y posea ese precioso libro. ¿Cómo se explica semejante fenómeno? Primeramente á Dios debe atribuirse este soberano impulso que mueve á toda suerte de personas á tomar dicho devocionario, y luego al desinterés y á la santidad de su autor. El fruto inmenso que en toda España ha producido no seré yo quien lo haga ver, pues acaso alguno me tuviera por parte interesada, sino que lo dejaré referir á quien por propia experiencia lo ha conocido, y no es, por ningún concepto, parte en el asunto. Refiérome al testimonio del presbítero D. Francisco de Paula Rodríguez, sacristán mayor de la iglesia de San Felipe, en Málaga, el cual, en oficio dirigido á su Prelado entre otras cosas, le dice lo siguiente:

“También debo manifestar á V. E. I. que me constan, por el ejercicio diario del confesonario á que estoy dedicado, los abundantísimos frutos que sacan los fieles de la lectura del devotísimo libro compuesto por el venerable arzobispo Claret, titulado *Camino recto y seguro para llegar al cielo*, así como igualmente debo decirle que son muchas las almas que se han visto libres de las garras de Satanás y han abandonado el camino de perdición eterna, haciendo una confesión general de toda su vida, con señales muy evidentes de grande arrepentimiento, después de haber hecho muchas confesiones y comuniones sacrílegas por ocultar pecados mortales por miedo ó vergüenza, y mudando por completo de vida, siendo todo esto debido á la lectura del devotísimo libro ya mencionado. Por las referidas razones ya expuestas me tomo la libertad

de manifestar á V. E. I., ya que tanto le distingue el celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, lo conveniente que sería recomendarse por medio del *Boletín Eclesiástico* á todos los párrocos, predicadores y confesores de la diócesis que hiciesen saber á los fieles en el púlpito y en el confesonario la grande utilidad y aprovechamiento espiritual que reporta á las almas su lectura, y lo convenientísimo que es su adquisición por toda clase de personas, aun para los más rudos é ignorantes (1). „

La obra de mayor mérito que compuso por este tiempo fué sin duda el *Catecismo explicado con láminas*, adaptado á la inteligencia de los niños y de los rudos. Amenísimo por las muchas ideas que contiene, sacadas de las historias natural, sagrada y eclesiástica, sobremanera instructivo por el orden y claridad con que están expuestas, y utilísimo para la enseñanza de las verdades de la Religión por ponerlas como al alcance de los sentidos por medio de símbolos muy adecuados y de ingeniosas explicaciones, es, sin duda, una obra que por sí sola probaría el talento más que ordinario del P. Claret. ¿Por ventura el ingenio sólo se muestra en los conceptos alambicados de la Metafísica ó en las cuestiones de la Teología dogmática? ¿No es acaso menester talento, y gran talento, para hacer comprender las verdades altísimas de la fe á las inteligencias más rudas, para adaptarlas á su escasa comprensión sin salirse del dogma? El filosófico proverbio *lo que bien se concibe bien se expresa* da claramente á entender que es imposible manifestar con sencillez y con abundancia de símiles y comparaciones adecuadas una verdad sin tener antes clarísima inteligencia de ella; y así vemos que la Eterna Verdad, para hacerse comprender de los hombres, se manifestó por medio de ejemplos y parábolas que llevan en sí mismas el sello de la Sabiduría infinita.

Fué el *Catecismo explicado* el primer libro impreso por la Librería Religiosa, y al anunciarlo en la prensa el sabio director de la *Revista Católica*, que después fué obispo de Barcelona, hacía de él con razón el siguiente elogio: “Es preciosísimo; por medio de 40 láminas grabadas en boj se ponen al alcance de los más rudos las más sublimes verdades y los más

(1) Oficio del 26 de Diciembre de 1879.

recónditos arcanos de nuestra santa Religión. Es admirable el modo con que el celoso Misionero explica el símbolo de los Apóstoles, los Mandamientos de la Ley de Dios, los Sacramentos y las principales partes que debe saber el cristiano.„

Hiciéronse de este libro en poco tiempo 17 ediciones en castellano y una en catalán, que juntas suman 128.000 ejemplares.

Como dato curioso de la aceptación que tuvieron sus escritos y del incalculable bien que hizo con la difusión de ellos, baste saber que sólo los ejemplares de los opúsculos y obritas que compuso cuando simple Misionero, sumadas las distintas ediciones desde 1848 hasta 1866, ascienden á la enorme cifra de 1.943.000, sin contar las hojas volantes, de las cuales se hacían ediciones mucho más numerosas. ¿Qué escritor, en tan poco tiempo, pudo ver tan prodigioso número de ejemplares de sus obras?

Y para terminar por ahora este asunto del modo que lo comencé, pregunto: ¿De dónde sacaba el tiempo para dar á luz tantas obras con tal copia de doctrina y acerca de tan diversos asuntos? El día lo pasaba enteramente consagrado al ejercicio de su apostólico ministerio; gran parte de la noche la empleaba en la oración; algún tiempo, aunque muy corto, lo dedicaba al descanso; ¿dónde, pues, hallaba el tiempo suficiente para componer tantas obras, que por sí solas bastarían á ocupar la vida entera, aunque larguísima, de un hombre? ¿Y cómo podía leer los muchos y voluminosos libros que leyó? Porque sus obras no exponen á secas la doctrina católica, sino que están sembradas de erudición poco común, de sentencias de la Escritura y de los Santos Padres, de ejemplos tomados de las historias sagradas y profanas, de dichos de personajes ilustres, y todo ello con tal orden y claridad, que parece labor de mucho tiempo antes preparada y digerida con la meditación y el discurso. Aquí está el gran misterio y lo que naturalmente apenas se explica. Un solo ejemplo traeré aquí para hacer ver la madurez y reflexión con que están escritos los opúsculos del P. Claret, y para que resalte más, ó su grande ingenio, ó, si se quiere, la divina ilustración con que el Señor le favorecía, y éste será el 25 de los Avisos que escribió á los sacerdotes, porque en él veremos á la vez confirmado teórica y prácticamente cuanto llevamos dicho acerca del estilo del P. Claret.

“Si la caridad, — dice, — la necesidad ó el mandato de tu su-

perior te llama al ministerio de la divina palabra, retírate antes; como el divino Maestro, á orar en la soledad para adquirir meditando en las penas de Jesús crucificado aquella ciencia del corazón, sin la cual tu palabra sería como el sonido de la campana. Guárdate de contaminar la palabra de Dios poniendo más cuidado en la sublimidad del estilo, en las flores y en otras palabras del humano saber, de las cuales sólo hace pompa y vanidad quien se predica á sí mismo; que en los afectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios, *in ostensione spiritus et virtutis*... Asimismo tendrás presente lo que sienten Doctores graves acerca de aquellos predicadores que cuidan más del adorno de la oración que de la reforma de las costumbres... El P. Miranda los llama *azotes de la Iglesia*; el P. Jerónimo López, *peste de la cristiandad*; el P. Diez, *verdugos del Evangelio*; el venerable Gaspar Sánchez, *los mayores perseguidores de la católica Iglesia*... Procura instruir en la fe y en la ley, pinta amabilísima la virtud y abominable el vicio, estudia para mover el corazón empedernido de los pobres pecadores con toda especie de argumentos de razón y de fe, y más aún con la llama del amor y del santo celo.„

Otro opúsculo importantísimo compuso en este tiempo con el título de *Las religiosas en sus casas, ó las Hijas del santísimo é inmaculado Corazón de María*; mas es tal la conexión que tiene por razón de su título con la fundación de nuestra Congregación, que me reservo hablar de él más extensamente en otra parte.

2. Entre las obras gigantescas que para el divino servicio llevó á cabo el P. Claret cuando simple sacerdote Misionero, hablaremos primeramente, por la relación que tiene con lo que se ha dicho de sus opúsculos, de la Librería Religiosa, la cual por sí sola hubiera bastado á inmortalizarle y á hacerle acreedor al agradecimiento de todos los buenos españoles.

Apenas habrá habido hombre en nuestra época que, como nuestro bienaventurado Padre, haya sabido aprovechar en tan alto grado, para la gloria de Dios y de la salvación de las almas, los adelantos modernos y hasta las tendencias más ó menos peligrosas de la actual sociedad. La fatal libertad de imprenta, tristemente proclamada en España tantos años hace, abrió en nuestro suelo un nuevo campo de lucha entre los hijos de la luz y los de las tinieblas. La facilidad de propagar las buenas

y las malas doctrinas excitó el hambre de leer en los que hasta entonces se habían contentado con los conocimientos científicos y religiosos que, por tradición, en sus villas y aldeas recibían. Mas, desgraciadamente, el espíritu del mal supo aprovecharse harto mejor para sus torcidos fines de tan fácil medio de propaganda que el espíritu de los buenos, los cuales, aunque bien intencionados, eran con frecuencia demasiado débiles para vencer las arduas dificultades que á su gloriosa empresa se ofrecían.

Los hombres perversos llevaban ya por delante, como recomendadores de sus asquerosas producciones literarias, las pasiones desordenadas del corazón humano, á las que ellos halagaban con el cebo del interés y con las rosas efímeras, pero deslumbradoras, de los terrenales deleites. Á esto se juntaba que, hollando más ó menos descaradamente las ideas de la sana moral, no paraban en los medios para el logro de sus malos fines. Á tal conjunto de circunstancias debióse humanamente la desmoralización, que poco á poco fué cundiendo en las más solitarias aldehuelas; la extinción de la fe en algunos corazones y el amortiguamiento de la misma en casi todos ellos; el olvido de los bienes eternos y el hambre de gozar acá en la tierra; el andar en busca de nuevas impresiones para variar los placeres del sentido y apartar de ellos el tedio y fastidio que consigo traen la inconstancia y debilidad de los caracteres por el excesivo desenvolvimiento del sistema nervioso; el aburrimiento de los estudios serios y el furor por los superficiales.

Todo esto conocía muy bien nuestro venerable Fundador, y deseaba á todo trance remediarlo. "La lectura de los buenos libros,— escribe en sus notas biográficas,— es en el día una necesidad, porque hay delirio por leer; y si la gente no tiene buenos libros, leerá forzosamente los malos. Son los libros verdadero manjar del alma; y á la manera que el cuerpo hambriento se nutre con la comida sana y provechosa, y se perjudica no poco con la que está emponzoñada, así el alma con la lectura de buenos libros, convenientes á su estado y condición, se alimenta y aprovecha en la virtud; mas empeora en las costumbres y en las creencias con la lectura de libros malos, como periódicos impíos, folletos heréticos y demás escritos perniciosos. Comienzan éstos por extraviar el entendimiento, co-

rrompen luego el corazón, y del corazón corrompido salen todos los males; como dice Jesucristo, hasta llegan á negar la primera verdad, que es Dios, y origen de todo lo verdadero. *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.*

„En el día, pues, hay doble necesidad de hacer circular libros buenos; pero estos libros han de ser pequeños, porque la gente anda aprisa, y la llaman por todas partes y de mil maneras; y como la concupiscencia de los ojos y de los oídos ha crecido hasta lo sumo, todo lo quiere ver y oír, y además ha de viajar; de donde resulta que si un libro es voluminoso, no es leído, y sólo sirve para cargar los estantes de las librerías y bibliotecas (1).„

Había nuestro Padre observado con complacencia la avidez con que eran leídos sus opúsculos, de suerte que, apenas se terminaba una edición, era menester empezar otra. Él, por su parte, como sólo intentaba la gloria de Dios y la difusión de las buenas doctrinas para provecho de las almas, no cobraba ni un céntimo por las producciones de su clara inteligencia y de su inflamado corazón; y aunque por esta causa las obras podían darse con relativa baratura, la codicia de los impresores impedía en gran parte el beneficioso resultado que él se proponía de hacerlas llegar á manos de todas las personas por una friolera, cuando no gratuitamente. Juntábase á lo dicho que el trabajo de corregir las pruebas de sus obras, y otros que suelen acompañar á la publicación de ellas, le robaban mucho tiempo que había menester para las tareas apostólicas. Por otro lado, no siempre hallaba á su disposición á los impresores; y como era tan fecundo en los escritos, necesitaba para sí solo una imprenta bien organizada.

De este conjunto de causas nació en su entendimiento la idea de fundar una librería exclusivamente religiosa, en la cual colaborasen hombres desinteresados, con la única mira de agradar á Dios y de contrarrestar los daños de la prensa impía por la publicación de buenos libros que, atendido su módico precio, pudieran llegar hasta el hogar más pobre y sembrar en él la semilla de la verdadera doctrina. Trató primeramente su proyecto con el Señor por medio de la oración; y asegurado de lo beneficioso que sería para las almas y para

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.